

LA LEYENDA DE ANTON LAMAZARES

"Padiante, que patrás non hai sitio"

(Carolina, abuela de Antón)

Hay hechos muy notables en la vida de Lamazares, pero el que hoy viene a cuento es la mirada fascinada del niño campesino que un día descubre en la escuela los signos de exclamación e interrogación.

¡! ¿?

Es cierto que todo está ahí, en esos minúsculos caracteres con rabo de ardilla, ala de calandria y ojo de lubina, en la exclamación y en la pregunta, en un corazón que late (¡!) para bombear el oscuro enigma que somos (¿?).

Creo que Lamazares robó esos signos de la escuela, los guardó en el bolsillo de la mirada y con ellos ha podido atisbar por la cerradura de la puerta del mundo esa clase de secretos a los que sólo llegan los cuerdos más locos o los muchachos criados en un circo de saltimbanquis y que dan manzanas a los elefantes mientras nos observan desde la altura de un don lejano.

La exclamación, la sorpresa, el humor o el espanto. La interrogación, el misterio, en forma de desafío o melancolía.

Antón Lamazares ha pintado una leyenda con es-

te alfabeto emocional.

El nunca fue una joven promesa. Lo recuerdo con sus primeros cuadros, en una antigua caballeriza de Compostela, y esas pinturas ya pertenecían a otro orden. Eran muescas, grafitos, amuletos, bestiarios, tatuajes, criptogramas, imaginería que anunciaba la construcción de una leyenda.

Antón Lamazares era una criatura de esa propia leyenda. Había sido soñado como pintor. Había caído del mar de nubes de Friedrich y llevaba a cuestas la cama de la habitación de Arlès.

Desde su aparición era evidente que Lamazares no había venido para competir con matices. No venía a someterse al dictado de lo contemporáneo. Venía a crear una expresión.

Ahora podemos seguir su obra como un camino de luciérnagas. A diferencia de la prescindible pintura de manos heladas, los cuadros de Antón cuentan una historia que, a su vez, forma parte de una historia.

Cada una de las historias empieza por una exclamación y termina en un interrogante. ¿O es al revés? En todo caso, son tentadoras como el ojo de una cerradura en la puerta del desván del mundo.

Manuel Rivas